



Carta del Excelentísimo Señor Obispo  
Paul S. Loverde

con ocasión del  
Día Mundial de la Paz

Estimados hermanos y hermanas en Jesucristo:

El comienzo del nuevo año nos ofrece una oportunidad de reflexionar sobre los acontecimientos del pasado y contemplar el futuro con esperanza. En épocas tan turbulentas como la nuestra, en que la violencia cobra tantas vidas inocentes en el país y en el exterior, sería lógico que preguntáramos: “Señor, ¿cómo mantengo la paz y cultivo la esperanza en medio de tanta incertidumbre? En un mundo de desconfianza, animosidad y terror, ¿quién es mi prójimo?”.

Estas preguntas emanan de un perturbador aumento de la violencia, perpetrada en algunos de los lugares que mejor conocemos: los templos de culto, las escuelas, los lugares de trabajo y los sitios de recreo. Algunos actos de violencia son cometidos por hombres y mujeres que sufren enfermedades psicológicas o que actúan por encontrarse en un estado de aislamiento y desesperación. Otros tienen motivaciones religiosas, a las cuales ha respondido nuestro Santo Padre con las siguientes palabras: “Delante de tales actos intolerables no se puede dejar de condenar la incalificable afrenta a la dignidad de la persona humana. Quiero reafirmar con vigor que el camino de la violencia y del odio no resuelve los problemas de la humanidad. Y que utilizar el nombre de Dios para justificar este camino es una blasfemia”.

Conviene recordar que Nuestro Señor vino al mundo como el Príncipe de la Paz y se unió a nuestra humanidad, a un mundo quebrantado y en guerra consigo mismo. Durante el Adviento leemos que “El año decimoquinto del reinado del emperador Tiberio, cuando Poncio Pilatos gobernaba la Judea, siendo Herodes tetrarca de Galilea, su hermano Felipe tetrarca de Iturea y Traconítide, y Lisaniás tetrarca de Abilene, bajo el pontificado de Anás y Caifás, Dios dirigió su palabra a Juan, hijo de Zacarías, que estaba en el desierto” (cf. Lucas 3:1-2).

Estos no eran líderes conocidos por sus acciones justas y misericordiosas: los historiadores han descrito a Tiberio, el segundo Emperador romano, como un tirano sanguinario; Herodes el Grande fue conocido por su reinado cruel y violento; Anás y Caifás ejercieron rígido control del pueblo judío, y Poncio Pilatos consentiría más tarde en la Crucifixión de Nuestro Señor Jesucristo.

Nuestro Señor entiende la ansiedad y el temor. Él mismo los experimentó en el Huerto de Getsemaní ante su Pasión (cf. Lucas 22:42). Sin embargo, nos insta fervientemente, como

discípulos suyos, a mantener la paz en medio de la tribulación (cf. Juan 16:33). Esto podría parecer imposible ante el rostro del terror, pero sabemos que para Dios todo es posible (cf. Mateo 19:26). Nuestro Señor nos dice: “Les dejo la paz, les doy mi paz, pero no como la da el mundo. ¡No se inquieten ni teman! (cf. Juan 14:27).

¿Cómo podemos alcanzar la paz del Señor? La recibimos primero por medio de la oración, la recepción de los Sacramentos y el consejo espiritual. También la encontramos al comprometernos a respetar la dignidad de toda la vida humana, comenzando por nuestra casa y nuestra comunidad. Como cristianos, debemos fortalecer nuestro matrimonio, cultivar una rica vida familiar y perseverar en nuestra vocación. Construiremos la paz en nuestras comunidades por medio de nuestras obras de caridad con nuestros hermanos y hermanas, particularmente con las personas más vulnerables.

¿Qué perturba la paz? El prejuicio, el odio y la sospecha injusta con respecto a otros son amenazas para la paz, en nuestro propio corazón y entre vecinos. Por supuesto, la ira es una respuesta apropiada a la injusticia, pero como he escrito, la venganza y el resentimiento son emociones humanas profundamente arraigadas que todos hemos experimentado. Sin embargo, como católicos, conocemos un camino más elevado. Somos llamados a responder al terrorismo imitando a Nuestro Señor, el amoroso autor de la paz y la justicia porque Jesús dijo: “Amen a sus enemigos, rueguen por sus perseguidores” (cf. *To Remember Well: A Pastoral Letter on the Fifth Anniversary of September 11, 2001* [Recordar bien: Carta pastoral en el Quinto Aniversario del 11 de septiembre de 2001]).

Sí, como muchos en los Evangelios, podríamos responder: “¡Es duro este lenguaje! ¿Quién puede escucharlo?” (cf. Juan 6:60). En estos momentos, volvemos los ojos al ejemplo de Nuestro Señor que perdonó a quienes lo clavaron—a quienes lo clavamos—en la Cruz. Sigamos adelante en este Jubileo de la Misericordia, rezando y trabajando por la paz, encontrando consuelo en las palabras de Nuestro Señor Jesucristo: “Les digo esto para que encuentren la paz en mí. En el mundo tendrán que sufrir; pero tengan valor: yo he vencido al mundo” (cf. Juan 16:33).

Con oraciones por la paz de ustedes,



Monseñor Paul S. Loverde  
Obispo de Arlington